

Don Anselmo y el penitente

Por la desierta calle, a la luz espectral del plenilunio, bajaban desde el barrio del Socavón don Anselmo Albán y su compadre Polidoro: Ambos vecinos distinguidos de esta noble Villa. El primero caracterizado a través de su genio retozón, su clerofobia y su adhesión al librepensamiento.

Como habían brindado con exaltado entusiasmo en la taberna del Fiero Méndez, caminaban apuntándose mutuamente. Formaban así el más peregrino y divertido ángulo ondulatorio. Sin embargo, no se hallaban decididamente beodos, sino -como define Azorín- "en ese estado medio entre la lucidez y la ebriedad que el vulgo denomina chirlo-mirlo" y que en Oruro se dice "sebrío" (contracción de sobrio y ebrio).

Recorrían, pues, los dos chirlo-mirlos el curso de la vía en dirección inicial de sus respectivas viviendas.

En aquellos tiempos solían ocurrir hechos muy extraños. ¡Claro, igual que en todas las épocas!

Al llegar a una bocacalle divisaron en una esquina la negra figura de un disciplinante embutido en su cogulla, que se sacudía con los verdugazos administrados con celo ferviente y por mano propia. El zurriago cumpliendo su cometido y la voz del pecador respondiéndolo con ayes lastimeros y balbuceos de "mea culpa", de arrepentimiento y de propósito. Este último encerraba la promesa de no volver a portarse, ¡en jamás de los jamases!, como un cerdo verriando.

Esta escena causó un ataque de risa en don Anselmo por cuyo cuerpo descreído correteaba a borbolones la hilaridad más loca, nunca resistida por anatomía humana alguna. No pudo contenerse más: haciendo bocina con las manos, entre carcajadas e hipo, comenzó a lanzar recogidas voces:

- ¡Penitente... eh! ¡Penitente, penitente, con tu culo caliente...! ¡Penitente penitente!...

Y otras cosas más...

Para el compadre Polidoro era el colmo del escándalo:

- Compadre Anselmo, Jesús diga; no se burle así del penitente, mire que le puede llegar quién sabe qué castigo, peor todavía si este desdichado fuese un alma en pena!

- A lo mejor usted, don Poli., respondió Albán en tono protector -aún cree en aparecidos. ¡No ve que desde la Independencia ya nadie piensa en esas fábulas de viejas beatas y curas coloniales?

- ¡Ah, Jesús diga otra vez! Debe de confesar su falta de fe...

- ¡Ir a confesar a la iglesia? ¡No, por vida del chápuro verde! Ésas son pamplinas. ¡Modernécese, don Polidoro!

- Usted está blasfemando y eso es terrible pecado. Tendrá que arrepentirse y pedir perdón.

- ¡Qué perdón ni qué nada! ¡Despierte, Polidoro, y sacúdase de esas antiguallas! Por último, razonemos un poco - prosiguió Albán-, si usted, como ha expresado, admite la



posibilidad que el fulano sea un alma en pena ¿cuál sería la explicación de que un espíritu desencarnado tuviera pasión por el pecado de la carne, según lo escuchado en su propósito de enmienda? ¿No estamos barrutando una incongruencia? ¿De qué manera se puede ejercer un oficio en faltando la herramienta precisa? No, mi amigo, hasta ahora no se ha inventado nada diferente a las bellas querías de Adán, Eva y compañía.

Así anduvieron por la orureña calle Artes; uno llamando al otro a la reflexión y éste pertinaz en su ateísmo. Llegaron, pues, al punto de despedida para seguir cada cual por su camino quien al norte, quien al sur. El del sur era Albán que vivía en el barrio de Santa Bárbara.

Rumbo a su casa iba este don Anselmo Albán. Tarareando iba la tonadita que en el figón gorgoriteó toda la velada un borrachito vernacular.

Rumbo a su casa iba este don Anselmo... Pero una extraña sensación -cual un presentimiento, cual si algo le rozara tenuemente el colodrillo- empezó a inquietarle. Se detuvo un instante; mas la noche impasible no le dijo nada. Tornó a caminar, y otra vez la sensación incómoda de que alguien le seguía los pasos. Ahora no se limitó a detenerse. Volvió la mirada y ¡horror!, lo visto fue una sacudida como si le atizaran tremendo garrotazo. Es que la figura del encapuchado penitente se acercaba silente, dando breves saltos, sin tocar el piso, en una danza macabra, avanzando, levitando, desliziándose a ras del suelo.... Desde el fondo tenebroso del capucho dos ojos, eran brasas, despedían brillo maligno. La estantigua blandía por sobre su cabeza el ominoso látigo del tormento.

Anselmo estuvo a punto de caer en un patatús, pero el terror lo impulsó a correr desquiciado de pavor. De trecho en trecho volvía la cabeza y la horrible figura le seguía implacable.

(Quizá en esos momentos empezaría a esbozarse la conversión del descreído caballero).

En esto alcanzó una esquina y -veloz conejo aterrado- viró hacia la vía transversal. El impulso lo llevó hasta la mitad de la cuadra. Resollando se detuvo, miró atrás, no vio nada, nadie le seguía;

entonces algo aliviado se santiguó, dos, tres veces, apoyado en un muro. Y al reiniciar la marcha quiso confirmar la ausencia del vestigio; pero, de pronto ¡oh, fatalidad! El condenado acababa de dar vuelta la esquina y enfilaba derecho hacia su trémula humanidad. ¡Otra vez el protervo de la cogulla! Y otra vez el correteo desesperado. Escapar. Escapar. Llegar al hogar.

Ahora ya no era correr; era arrastrarse. Así llegó ante su casa. Golpes a la puerta. Su grito estrangulado clamando a su mujer.

- ¡Mónica, Moniquita, ábreme que soy tu marido! rápido por amor de... por amor de... Dios, ¡auxilio!...

Se desmoronó. Cayó de espaldas. Desde ahí abajo tuvo la visión del negro capuz de los ojos brillantes cerniéndose sobre él...

Mónica abrió la puerta: he ahí su marido debatiéndose en estertores de agonía rodeado de una cruenta mancha.

Con tremendo esfuerzo la mujer logró arrastrar a su don Anselmo hasta el interior. Le enjugó la cara y a su buen saber consiguió volverle del soponcio.

El pobre hombre con voz entrecortada por los quejidos contó a su mujer la pavorosa aventura.

Ella ahogada en sollozos:

- ¿Ves, Anselmo, lo que te ha pasado por hereje?. Cuántas veces yo te decía que te dolieras de tus herejías. Que fueras humilde y piadoso. Pero mi sufrimiento no era nada para ti. Ahora el demonio te anda rondando y si mañana mismo no te confesas y reconcilias con el Señor, no tendrás paz ni sosiego porque el penitente ha de perseguirte cada vez que estés solo. ¡Anda, humíllate ante Dios!

- Sí mujer, sí. Lo juro.

Y así fue que al día siguiente, al toque vespertino del ángelus, don Anselmo estaba arrodillando ante el confesor. Acababa de decirlo todo.

- Bien, hijo-, le decía finalmente el señor cura -tus pecados te son perdonados, pero ¿cumplirás fielmente la penitencia?.

- Sí, padre, ¡cómo no había de cumplirla!

- Pues, rezarás diez padrenuestros y diez avemarías gloriados.

- Si, padre, así lo haré-, respondió Albán humildemente.

- Además-, prosiguió el sacerdote -y esto es capital. Óyelo bien: durante cinco noches alternadas, en una esquina pública, domarás tus pasiones y castigarás tu pasada incredulidad, mortificando y calentando tus posaderas expuestas al frío aire nocturno, con quince azotes por vez. Para el vapuleo dispondrás de un látigo de buena hechura. También, para no andar a trompicones y empezar bien, aprovecha la luna llena de esta noche. Ah, no olvides ponerte la cogulla negra... porque ahora.... ahora ¡tú, eres el penitente!... Amén.

Alfonso Ocampo Young
(Escritor orureño)